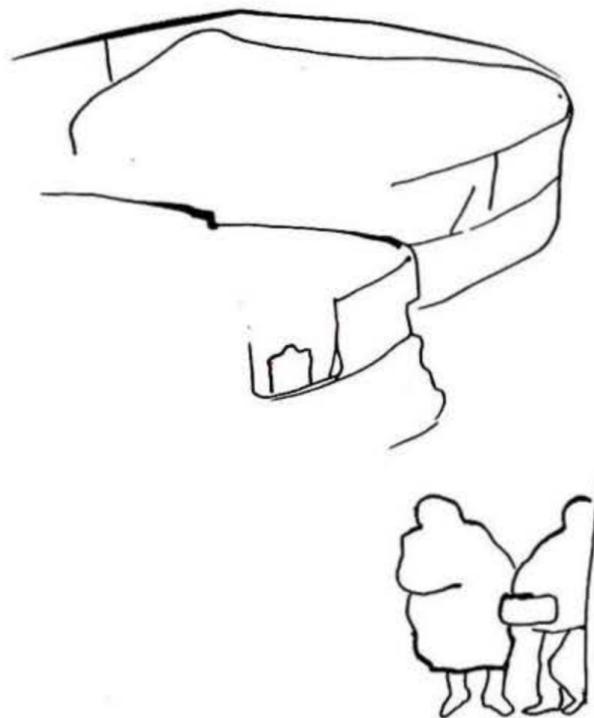


fotográfico y la de fotógrafos profesionales que practican el canon de vanguardia en la fotografía internacional. En las distintas secciones hay demasiadas fotos ya vistas y agotadas: ancianos arrugados, oficios callejeros, transeúntes de toda clase y condición, desnudos poco imaginativos que se colaron en el ceceo del jurado, así como los infalibles paisajes de postal y los atardeceres rojos, los bodegones exquisitos. En materia publicitaria y de modas se podría afirmar que las fotos carecen de autor o que todas parecen tomadas por el mismo. Esta tendencia a la homogeneización unida a un gran dominio técnico de los efectos especiales, de nuevo, resulta desalentadora porque fija el interés artístico primordialmente en los artificios y en la imitación.



En cambio, hay varios paisajes espléndidos concedidos por la naturaleza a algunos fotógrafos atentos, que no ceden a la tentación de otro ocaso rojizo a contraluz: *Sin título* de David Pinzón y *Después de las lluvias* de Alexander Hirtz destacan aspectos inéditos donde el color y las formas abstractas desempeñan un papel principal. Entre tantas fotos que repiten lo mismo y muestran de manera reiterada lo ya visto, de nuevo sobresalen, como en los libros anteriores, varias obras de aficionados que superan en muchos casos a las de los profesionales.

Tal vez al no tener un compromiso con el mercado fotográfico, algunos logran dar rienda suelta a la expresión personal de una manera más imaginativa, así se trate sólo de un golpe de

suerte. Justamente la foto titulada *Otro punto de vista* de María Cristina Patiño se utilizó para la cubierta. Parece que existe un factor común en los participantes aficionados elegidos: son de Medellín. Entre ellos cabe mencionar a Carlos H. Arango (*Sin título*), Juan Carlos León (*Entrada a finca*) y a Enrique Aguirre con *Hotel de la esperanza*, conmovedora secuencia de una habitación de hotel de mala muerte.

SANTIAGO LONDOÑO VÉLEZ

Mamá yo quiero saber de dónde son las orquestas

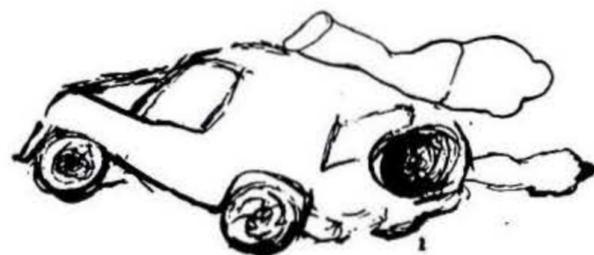
Abran paso. Historia de las orquestas femeninas de Cali

Umberto Valverde, Rafael Quintero
Centro Editorial Universidad del Valle,
Cali, 1995, 137 págs.

Érase una noche cualquiera de 1971, cuando el movimiento estudiantil que tenía prendido al país: quien esto escribe entró en una cantina del barrio Obrero de Cali. Y allí, contribuyendo a la subversión que flotaba en el ambiente, estaban unas caleñas lindas y solas, tomando cerveza mientras sonaba *Canto a Borinquen* de Celina y Reutilio.

Quien esto escribe, costeño, recién llegado, pensó que unas mujeres solas en una cantina eran parte de una escena excepcional, de la revolución o la magia, como eran las cosas en aquel año tremendo; pero no, la vida, el Bar de William, Convergencia, le enseñaron que existía magia cotidiana, y que esto era parte de algo más significativo, del secreto más importante de ese experimento urbano que es Cali. ¿Por qué surgió allí esa especie de consulado caribe en el Pacífico? A la mujer caleña pertenece la explicación y el mérito: su libertad, heredera de la pequeña democracia cafetera y de la no tan pequeña anarquía negra, hizo que el centro del occidente colombiano se convirtiera en cliente de la sensibilidad caribe. Esa li-

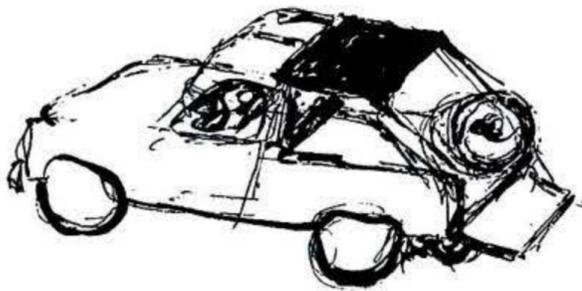
bertad hizo que las noches caleñas se superpoblaron de mujeres dispuestas a elegir y ser elegidas, o si se prefiere, a seducir y ser seducidas, dando origen al más vigoroso mercado de espectáculos nocturnos del país; hizo también que las mujeres asumieran su cuerpo y que le rindieran culto al lenguaje del placer (y a la cultura del Caribe, hedonística por definición). La libertad de la mujer caleña hizo posible que todos los demás elementos sociohistóricos influyentes (medios de comunicación, flujos demográficos, etnicidad y demás) coincidieran para dar lugar a una ciudad donde se baila todos los días.



No puede sorprender, entonces, la aparición de un libro como *Abran paso*, de Umberto Valverde y Rafael Quintero, "historia de las orquestas femeninas de Cali", que rinde merecido homenaje a las columnas vertebrales de toda cultura. Antes estaban en mora de hacerlo. Se trata de una idea nacida muchos años atrás, entre canecas y amores, en esas interminables noches rumberas que comenzaban en cualquier parte y terminaban en cualquier otra, en las admoniciones de doña Blanca y la fina estampa de Saulo. Este sueño se concretó en un libro hermoso, con fotografías de Fernell Franco, cuando sus autores desde hace rato se han convertido en eminencias grises de la salsa caleña: Umberto, más narrador y cronista, y Rafael Omar, más ensayista y audiovisual, pero ambos tocados con la manía del buen sonido que se adquiría en La Barola marcando el compás sobre la mesa.

La obra tiene una secuencia histórica evidente, de Cuba hasta Cali. En sus comienzos presenta las grandes voces femeninas de otros tiempos: Rita Montaner, a quien los cubanos llamaban La Inmensa, tal vez la más grande de todas pero a quien los autores no valoran suficientemente; María Teresa Vera, de la trova tradicional; Paulina Álvarez, la emperatriz del danzonete;

Ester Borja; Xiomara Alfaro, la emperatriz cubana de la canción; Graciela, Elena Burke, Myrta Silva, Toña La Negra, María Luisa Landín, la orquesta Anacaona y muchas más, incluyendo a la más que evidente Celia Cruz. Así mismo, están algunas de las grandes voces costeñas: Matilde Díaz (tolimense de nacimiento) y Estercita Forero. Quedaron por fuera muchas y muy significativas (pienso en Emilia Valencia o Teresa García), pero queda también la impresión de que en toda mujer que haga música popular, sea caleña o no, hay un ejercicio de emancipación, un respetable capítulo en la historia de la mujer.



Los capítulos restantes están dedicados a Cali: primero las pioneras, como María del Carmen Alvarado, Conny y Yanneth Riveros, Bertha Quintero, Yemayá, Siguaraya, Cañabrava; y en el principio estaba la motivación política por rescatar la cultura popular y el papel de la mujer en la sociedad. Luego el resto, una explosión de grupos y figuras sin precedentes en términos cuantitativos: Diana María Vargas, María Fernanda Múnera, Francia Elena Barrera y Olga Lucía Rivas son las figuras individuales más destacadas; entre los grupos, Son de Azúcar, Canela, D' Caché. Las orquestas femeninas de Cali han trascendido el barrio y los cenáculos para invadir los circuitos comerciales y competir con sus colegas masculinos; ellas dicen ser más disciplinadas y afinadas, y que pronto llegarán a sonar mejor que ellos. Dicen vivir discriminaciones y acosos, así como el desgarramiento entre los deberes del trabajo y los del hogar, pero, y esto es bien reconfortante, dicen que han ido

enfrentando y resolviendo con tenacidad y esfuerzo y que nada las detendrá en su propósito de echar *palante* y tumbando sorongo hasta la rumba final. Dicen, por último, que hay nuevas generaciones con una mejor formación académica, y que por tanto veremos en el futuro más y mejores orquestas femeninas.

ADOLFO GONZÁLEZ HENRÍQUEZ
Universidad del Atlántico

Yo te recuerdo en todas mis parrandas

Diez juglares en su patio

Jorge García Usta,
Alberto Salcedo Ramos
Ecoe Ediciones, Santafé de Bogotá, 1994,
210 págs.

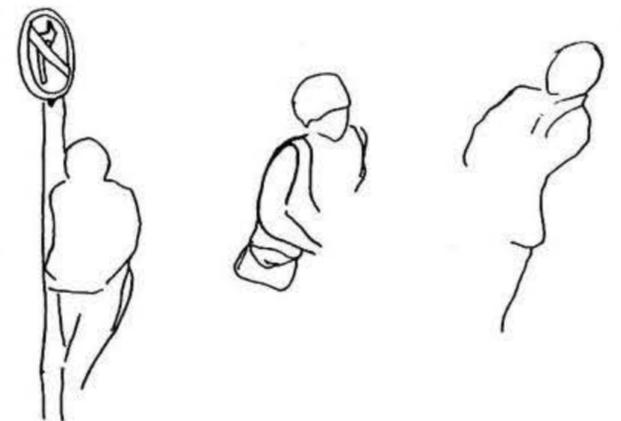
Jorge García Usta, orense y poeta, y Alberto Salcedo Ramos, barranquillero, han publicado un libro que confirma el creciente vigor de la provincia costeña. Se trata de *Diez juglares en su patio* (realmente, son once) donde consignan por escrito unas memorias valiosísimas, arrebatadas a la tradición oral y referidas al mundo de la música popular. Y lo hacen en una serie de reportajes siempre emotivos, algunos de ellos de antología.

García Usta sintetiza la vida del cartagenero Cico Barón para mostrar el camino que conecta al decimero con la modernidad: de la escuela primaria al campo, huyendo de las últimas guerras civiles, y al ingenio Sincerín, donde había un batey que era escuela de décimas y de la vida en general, después a la vaquería y los campamentos petroleros, para finalmente lanzarse a la trashumancia por las fiestas costeñas de los años 20. El espíritu aventurero de Cico Barón quedó intacto incluso después de cumplir sus primeros cien años, cuando se pasaba las noches haciendo planes para conocer el mundo y haciendo versos para resucitar a su esposa difunta.

Escribir sobre Alejo Durán, después del magnífico ensayo de José Manuel

Vergara, no es nada fácil, pero Salcedo aporta una visión de la vida cotidiana de este negro legendario. También ilustra sobre el origen de la idea de que el vallenato no se baila, un equívoco bastante extendido: "Cuando Gabriel García Márquez vino a Valledupar [...] me lo encontré un día en la casa de Hernando Molina [...] enseguida me puse a entonar mis canciones viejas. Fue cuando una pareja se paró a bailar y Gabriel les dijo que no señores, la música de Alejandro Durán no es para bailar sino para oír, y los señores, que eran cachacos, se sentaron, creyendo que era cierto. Todavía no sé por qué Gabriel dijo eso. Debió ser un capricho suyo" (pág. 25).

El extraordinario texto de García Usta sobre Clímaco Sarmiento, autor de *Pie pelúo* y *La vaca vieja*, tal vez el mejor del libro, va desde los primeros maestros de clarinete (entre ellos un alemán) y el acompañamiento de cine mudo en el natal Soplaviento hasta sus años dorados y su muerte en Cartagena. Todo esto en medio de un despliegue de filosofía popular tan bueno, que uno no sabe si el texto es del poeta orense o del propio Clímaco. El desgarrador relato de sus últimos días confirma lo que decían los castellanos medievales: que a la ramera y al juglar la vejez les viene mal.



Otro grande de Soplaviento, Catalino Parra, hace que Salcedo se detenga en ese pueblo de pescadores a orillas del Canal del Dique, pueblo que ayer fue emporio comercial y hoy es centro de epidemias, inundaciones y pobreza. Entre cuentos, ruedas de cumbiamba y vegetación silvestre, Catalino creció relacionando universo y música, y tocando en su barrio del alma, donde, después de darle la vuelta al mundo con los Gaiteros de San Ja-